

Balada y Bolero

Gil Rivera Torres
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Desperté al sonar la primera nota. El bajo, la guitarra, el violín, la trompeta, todos los instrumentos empezaron a combinar los sonidos y los silencios. La palabra se volvió ritmo, y salí como Balada. Era más libre que la Bossa Nova y más reflexivo que la Serenata, hasta que el bombo sacó a Bolero al bailete. Sus movimientos eran una imagen del fuego junto a mis movimientos, imagen del viento. Nos tocaron a la vez, sin conflicto alguno de lo que pudiera suceder. No éramos una Lambada prohibida, íbamos a significar algo nuevo. Bolero, varón del bailable del fuego, me recibió en sus brazos. Allí fue, donde en el quinto compás nos dimos nuestro primer y único beso. La armonía de la pieza musical se volvió un suspenso, los instrumentos no descendían su velocidad. El baile era rudo y confuso, éramos diferentes. Al ser tocados juntos, nos dimos cuenta de que no éramos correspondidos. Bolero se alejó con un rostro de desilusión, y quedé yo de vuelta a una indefinible tonalidad. No acepté que Bolero dejara de sonar. Era perfecto, hacía que mi indiferencia fuera ordenada. Solo me movía yo al son de mis desesperadas notas. Me desprendí del compás que me dio alegría y dolor. Mi coreografía se inundó en mi llanto, y caí al recibir golpes al son de aplausos, mientras sonaban las últimas notas. Al final me dormí y desperté al sonar de la primera nota.